

SIERVO MALO Y PEREZOSO (Mt 25,14-30)

En aquel tiempo, Jesús dijo a sus discípulos esta parábola: ¹⁴ «Es también como un hombre que, al ausentarse, llamó a sus siervos y les encomendó su hacienda: ¹⁵ a uno dio cinco talentos, a otro dos y a otro uno, a cada cual según su capacidad; y se ausentó. ¹⁶ Enseguida, el que había recibido cinco talentos se puso a negociar con ellos y ganó otros cinco. ¹⁷ Igualmente el que había recibido dos ganó otros dos. ¹⁸ En cambio el que había recibido uno se fue, cavó un hoyo en tierra y escondió el dinero de su señor. ¹⁹ Al cabo de mucho tiempo, vuelve el señor de aquellos siervos y ajusta cuentas con ellos. ²⁰ Llegando el que había recibido cinco talentos, presentó otros cinco, diciendo: “Señor, cinco talentos me entregaste; aquí tienes otros cinco que he ganado”. ²¹ Su señor le dijo: “¡Bien, siervo bueno y fiel!; en lo poco has sido fiel, al frente de lo mucho te pondré; entra en el gozo de tu señor”. ²² Llegó también el de los dos talentos dijo: “Señor, dos talentos me entregaste; aquí tienes otros dos que he ganado”. ²³ Su señor le dijo: “¡Bien, siervo bueno y fiel!; en lo poco has sido fiel, al frente de lo mucho te pondré; entra en el gozo de tu señor”. ²⁴ Llegó también el que había recibido un talento y dijo: “Señor, sé que eres un hombre duro, que cosechas donde no sembraste y recoges donde no esparciste. ²⁵ Por eso me dio miedo, y fui y escondí en tierra tu talento. Mira, aquí tienes lo que es tuyo”. ²⁶ Mas su señor le respondió: “Siervo malo y perezoso, sabías que yo cosecho donde no sembré y recojo donde no esparcí; ²⁷ debías, pues, haber entregado mi dinero a los banqueros, y así, al volver yo, habría cobrado lo mío con los intereses. ²⁸ Quítenle, por tanto, el talento y dáselo al que tiene los diez talentos. ²⁹ Porque a todo el que tiene, se le dará y le sobraré; pero al que no tiene, aun lo que tiene se le quitará. ³⁰ Y al siervo inútil, échense a las tinieblas de fuera. Allí será el llanto y el rechinar de dientes.”

A partir de este domingo, para la posteridad, celebraremos cada año, un día como hoy, la *Jornada Mundial de los Pobres*. Así lo ha establecido el Papa Francisco. Porque, «quien acaricia al pobre toca la carne de Cristo», dijo. No es una invitación filantrópica, es una invitación a la caridad, caridad en sentido cristiano, a ejemplo del Buen Samaritano. El pobre no es un apestado sino uno que me ayuda, curiosamente, a acercarme a Cristo. Por eso, el Papa latinoamericano te invita a realizar, este domingo, un gesto sencillo y concreto a favor del pobre, para que no te olvides de que ellos existen y claman atención, aunque pocos los escuchen. Y, paradójicamente, así de extraño es el cristianismo, tu felicidad, tu inmortalidad y/o salvación pasa a través del pobre. ¿Crees esto? Relee con atención el evangelio de este y del próximo domingo (fiesta de Cristo Rey). Te sorprenderás.

El capítulo 25 de Mateo, que estamos leyendo y meditando, el domingo pasado, éste y el próximo domingo, contiene las tres últimas parábolas que el Maestro contó. Son parábolas que tratan sobre el servicio, sobre el conocimiento recíproco y sobre la caridad con el pobre como vehículo para alcanzar la inmortalidad y/o salvación. En esta teología, el perezoso o el carente de creatividad con la caridad carece de identidad.

Los talentos

No hay dudas sobre los personajes de esta parábola. El «hombre» es Jesús, que después de su muerte y resurrección, se ausentó. No se marchó. Regresará. Y los «siervos» son los cristianos, los discípulos del Señor (2Cor 4,5). A cada uno, nos confió sus bienes (14b). En el fondo así es la vida, las cosas del patrón las administran, las usan, los siervos. Y cada siervo de acuerdo a su relación con el señor. Sobre este punto precisamente surge el problema de interpretación de la parábola, pues el Señor antes de marcharse «a uno dio cinco talentos, a otro dos y a otro uno» (20b). ¿Por qué esta diferencia? ¿Qué hizo uno y otro para recibir diversamente? ¿Cómo entender esta parábola? Es más, ¿qué es un talento? Ojo, no es una medida universal. Solo los palestinos de la época lo entienden. Contextualicemos. Un talento era una medida de un bloque de plata que pesaba 21 mil gramos. Un denario equivalía a 4 gramos de plata. Entonces, 6 mil denarios valían un talento aproximadamente; o sea, seis mil días de trabajo (Mt 20,2); o sea, veinte años de sueldo. Recapitulando, sería: El que recibió cinco talentos, recibió cien años de sueldo; el otro, cuarenta años y el último veinte años de sueldo, que no es poco. Y cada uno lo recibió, dice el texto, «según su capacidad» (15b). Sobre este punto, reflexionaremos en otra oportunidad. Todos recibimos talentos de manos del Señor. Quien más, quien menos. Así es la vida. Pero no te fijes en el o los talentos del otro. Es peligroso. Recuerda lo que hizo Caín. Pues un día puede que el Señor te quite tu único talento y lo dé, no al que no tiene, sino al que ya tiene para que tenga más. Qué extraño es el cristianismo. Qué extraño es el significado de la vida, de la felicidad y de la salvación que Dios nos tiene preparados. Qué extraño. Por eso, agradece el talento que recibiste y multiplícalo, aunque sea poco. ¡No seas vago!

Una revelación nueva

Al final de tus días, el Señor no te preguntará sobre los mandamientos. Repito. No te interrogará sobre cómo cumpliste los mandamientos. Novedad de las novedades. Te hará otra pregunta mucho más valiosa y existencial, en la que tiene que ver necesariamente el otro. Cuando uno se acerca al confesionario o cuando hace su acto de contrición, sucede con frecuencia, se examina normalmente a partir de los mandamientos. Es una actitud veterotestamentaria. Lo dice el Maestro. Y no te escandalices. Al contrario, aprende y teme.

Cuando vuelva el Señor, (si crees en la parusía), o cuando te encuentres con él (si crees en la resurrección), Él querrá «ajustar cuentas contigo» (19b). Ajustar cuentas sobre tu existencia. En ese momento tienes que justificar de alguna manera tu existencia. Y en ese momento crucial, tu existencia (salvación) no dependerá de tu relación con los mandamientos, sino de lo que hiciste con tus talentos. No es broma. Este concepto se repetirá en la liturgia del próximo domingo. Para que no te olvides. De nuevo, el Señor no te preguntará si honraste a tus padres, si mataste, si adulteraste, si robaste, si mentiste, etc. Te preguntará, más bien: ¿Qué hiciste con mis talentos? (20s) ¿Qué hiciste con los 100 años de sueldo, o con los cuarenta años de sueldo, o con los veinte años de sueldo... que te adelanté? ¿Qué hiciste...? ¡Cuarenta años de sueldo, Señor! Dirás. ¡Veinte años de sueldo, Señor! ¿En serio? Sí. Pero, ¿qué hiciste? Ante el Señor vale lo que hiciste, vale el hacer. Si fuiste vago o perezoso, asústate.

Pongámoslo mejor de otra manera, pues ya asusta. Algunos feligreses, cuando se confiesan, son capaces de enumerar más de veinte pecados en menos de un minuto. Obvio, cada uno con su respectivo arrepentimiento. En alguna ocasión, les pregunté sobre los talentos, casi sin hacer caso a la lista de pecados mencionados. En ese momento, una

especie de bofetada espiritual altera sus miradas. «¿Talentos?», Repiten asombrados. «Si, enumere los talentos que Dios le ha dado». «¿Talentos?». Murmuran casi siempre con una expresión escéptica. «¿Talentos?». Así es. Esta escena se repite frecuentemente. Y si el sacerdote insiste, el penitente con los ojos desorbitados, intenta mencionar algunos. ¡Qué fatigoso se vuelve enumerar cinco talentos en la vida! ¡Dos talentos! Incluso, ¡Un talento! El pío penitente patina entre sus palabras, alargando la expresión para ver si sale algo. Compruébalo tú mismo. Ahora mismo, enumera cinco talentos que Dios te ha dado. Si no logras, tal vez son dos talentos... al menos uno... ¡Haz el ejercicio! Pues, de este ejercicio depende tu inmortalidad y/o tu salvación.

Así lo ha enseñado el Maestro. Caso contrario tu espiritualidad es aún veterotestamentaria. Repito. Un día, se te pedirá cuentas no de los mandamientos que cumpliste o dejaste de cumplir, sino qué hiciste con tus talentos. ¿Talentos? Sí, talentos. Repítelo. Esta vida y la otra dependen de los talentos. Si no ¡Ay de ti! ¡Ay de ti, si no sabes qué talento recibiste! ¡Ay de ti, si no multiplicaste ese talento! ¡Ay de ti, cuando el Señor te quite lo que te dio y se lo dé a otro que ya tiene varios! ¡Ay de ti, cuando veas que otros multiplican sus talentos, mientras los tuyos desaparecen! ¡Ay de ti, si el Señor te arroja a las tinieblas de la existencia porque el miedo devoró tu vida! (25b). ¡Ay de ti, si el Señor te llama un día «inútil» y «perezoso», porque pasaste tu vida como inútil y perezoso! (26b). Estate atento a estos adjetivos, no están en los diez mandamientos. Por eso, es más que urgente que te preguntes, ¿qué estás haciendo con tus talentos? ¿Qué estás haciendo con los veinte años de sueldo, al menos esos, que el Señor te adelantó?